

revolucion producida por las irrupciones de los bárbaros; lo que representan los reyes gaudules ante la revolucion producida por las usurpaciones de los carlovingios; lo que representan los Trastamaras ante la revolucion producida por las monarquías modernas; lo que representan los Estuardos ante la revolucion parlamentaria de Inglaterra; lo que representa Luis XV y su infame corte del parque de los ciervos ante la revolucion francesa; lo que representan Cárlos IV, Godoy, María Luisa, ante la revolucion española; es decir, la podredumbre, la gangrena, la muerte de las instituciones antiguas, que se descomponen y se pierden y se caen á una en esta universal corrupcion, cuando necesitan que nueva idea, que nuevo espíritu, que nueva sociedad las sustituyan y las reemplacen. Tambien tiene la sociedad su putrefaccion como la naturaleza; tambien tiene su muerte como la vida; tambien sus sepulcros exhalan hedor; tambien sus instituciones se alimentan de la caida de otras instituciones anteriores, como cada generacion va empujando con su crecimiento hácia la eternidad á la misma generacion que la ha engendrado. Misterios de la vida, secretos de la muerte, sombras indecisas de la eternidad, jeroglíficos oscuros de la historia, sucesos mágicos del tiempo, consecuencias increíbles de las ideas, todo esto, es una demostracion viva, perenne, indiscutible de la existencia de Dios, que saca el aroma de la vida del seno de los sepulcros llenos de asquerosa podredumbre.

## CAPÍTULO VIII

SAVONAROLA Y LA REPÚBLICA

El gran monje brillará en la historia, no solo por su propia luz, y por su propia virtud, sino tambien por la ocasion que le ofrecieran los errores políticos y los errores religiosos de numerosísimos enemigos. Ya hemos visto cómo los franceses fueron á Italia; y hemos visto tambien las causas por qué fueron, causas enlazadas todas ellas con la política de los Borgias. En la cuaresma de 1494 anunció Savonarola que irian los franceses. Y en el otoño del mismo año los franceses fueron. Esta coincidencia entre los anuncios del monje y la direccion de los sucesos atribuyóse por las gentes sencillas á don de profecía; y revistióle de esa túnica inconsutil de santidad, con que aparece á los ojos de los pueblos un profeta como depositario de los secretos de Dios. Llegaron los franceses casualmente cuando los Médicis, los enemigos naturales de Savonarola, tenian por representante, no aquel Cosme en quien competieran la prudencia y el coraje; no aquel Lorenzo ceñido de gloria y esplendente en las regiones etéreas del arte; sino el hijo de este, Pedro, corto de entendimiento, indeciso de voluntad; sin ninguna prevision y con escasa experiencia política; venido á mostrar todos los vicios y todas las corruptelas que encierra en su seno el principio monárquico de la herencia, al cual se iba acercando por el influjo de la poderosa familia de los Médicis la gloriosa República de Florencia. Pedro, por debilidad ó perversion, entregó á los invasores las fortalezas toscanas, traicionando la causa misma que debia salvar y la patria que debia servir. La noticia de tamaño desastre corrió como un flúido

eléctrico por la nerviosa ciudad de Florencia. Las armas escondidas desde el eclipse de la República brillaron nuevamente y salieron de sus vainas los puñales que se emplearan en la conjuración de los Pazzis. Nada tan peligroso como estas transiciones de la servidumbre á la libertad. Los viejos servidores de la República habian muerto, como observa Villari, el biógrafo clásico de Savonarola, y los vivos, que tenian alguna inteligencia ó algun mérito, comprados por el oro de los tiranos ó rendidos á su incontrastable influjo, no podian servir al santo principio y á la santa causa de las públicas libertades. Sin guarnicion Florencia, emancipóse el pueblo fácilmente; pero estos pueblos de antiguo oprimidos, cuando vencen por los caprichos de la suerte, no saben cómo usar de su victoria. Dirigíanse á todas partes y solo encontraban un hombre; solo encontraban al fraile Savonarola. Cuando todas las frentes se inclinaban, la suya permanecía erguida; cuando hasta los genios mas extraordinarios circundaban con sus alas y con sus resplandores las sienas de los Médicis, él se levantaba frente á frente de aquel poder extraño como la viva encarnacion de una grandiosa protesta. Por consiguiente la multitud iba donde estaba Savonarola, que regia ya desde aquellos momentos por el ejemplo de su vida, por la autoridad de su nombre, por la virtud de su alma, por la elocuencia de su palabra, por la rectitud de sus ideas, al pueblo florentino. De consiguiente, invadido el territorio, entregadas las fortalezas, ausentes los antiguos magistrados, soberana de sí misma la plebe, renaciente la libertad, no habia mas remedio que entregar el poder á quien habia mantenido como un rescoldo bajo las frias cenizas el antiguo culto á la República y á la patria. A pesar del calor de sus inspiraciones dominaba Savonarola por los frios cálculos de su prudencia. Y conociendo que en aquella crisis suprema la pasion solo podia añadir fuego al incendio, preservóse de toda alusion política y habló como un sencillo predicador, que quisiese llevar al corazon de sus oyentes afectos de ternura y no de venganza. Así, cuando le vieron subir al púlpito, creyeron ver subir á su salvador y á su redentor en persona. Él comprendió, sintiendo el estremecimiento de las almas y el rumor que levantaba la tempestad, cómo debia aplacar, en vez de encender, los espíritus, y cómo debia conducirlos sencillamente á que se juntasen y se confundiesen con verdadera tranquilidad en una República de conciliacion y de paz. Así dijo que todos

los azotes y todos los castigos por él, con tanta anticipacion anunciados, habian sobrevenido á causa de Roma, de Italia, de Florencia, á las cuales, como culpadas, solamente les tocaba ya apartar de sus labios el cáliz de las orgías en tantas ocasiones apurado y vestir el sayal de los ascetas y macerarse en una continua penitencia para mover y empeñar la misericordia de Dios oculta en aquel nefasto instante tras su implacable justicia. Como buen artista, como buen orador, pagado un poco de sí mismo, argüia con el cumplimiento de los anuncios, tantas veces predichos, á quienes le habian escuchado y no le habian creído, mientras él, ahora, levantaba los brazos al cielo, é importunaba la eterna paciencia de Dios, pidiendo para todos la misericordia y el perdon. Mas ó menos elocuente, mas ó menos sujeta á las reglas de la retórica y á los preceptos de la dialéctica, mas ó menos luminosa y viva, lo cierto es que la elocuencia de Jerónimo Savonarola condujo aquella crisis política en términos que no se deshonoró con ningun crimen, como tantas otras crisis políticas de Florencia; y en los consejos y no en las calles; y por votos y no por tiros; y con discursos y no con gritos; y en la tribuna y no en la barricada, surgió, como astro immaculado, la nueva República cristiana, que si pasó como un meteoro por los aires, dejó de su paso eternos resplandores en la tierra.

Pero narremos los sucesos. Habíale pasado á Cárlos VIII en Italia, lo mismo que le pasó á cierto bárbaro rey de los godos en Constantinopla. Acostumbrado á la grosera comida de su tribu, reventó de hartazgo y de embriaguez en el primer festin que le diera la culta Constantinopla. Al encontrarse Cárlos VIII, el jefe de la irrupcion francesa, en aquellos campos de Italia parecidos á jardines, en aquellas ciudades de mármol parecidas á verdaderos templos del arte, entre aquellas hermosas mujeres que salian á recibirle en procesion como á un Dios, entregóse con tanta furia al placer, que dió con su cuerpo en cama, debilitando y enflaqueciendo mas su débil y flaca complexion. Dos clases de política podian seguirse respecto á este conquistador extraordinario: combatirlo ó ayudarlo. Cualquiera de ellas conducia seguramente á la salvacion de Toscana. Pedro de Médicis mezcló las dos sin discernimiento y sin oportunidad. Combatió á Cárlos VIII cuando sus intereses le aconsejaban servirle; y se entregó á él cuando sus intereses le